

LA AGORERA (*)

POR

RAFAEL SOTO VERGES

I

SERMÓN DE LOS MISTERIOS DEL MERCADO

EN los abrevaderos del mercado
gotas de lluvia dejan los sencillos
círculos del sinfín, mientras la vida
animal se confina en el instinto.
La sed quiso ser nube antes de ahora
cuando el rayo era sombra en el abismo
y a la tormenta en el seco estaba
reclamándola el agua entre los guijos.
Así va sucediéndose en el aire
lo natural de cada hora, en círculos
nostálgicos, sonoros, levantados
por la misma energía de lo distinto.
Fábula de la luz, buscan los ojos
la ruínosa estación de lo escondido,
anticipándose al suceso mientras
gira en el alma un pájaro sin brillo.
Vienen sobre nosotros las señales
planetarias del fruto en el estío,
el levirrostro lava su pureza
en la celeridad de los granizos,
tal el tiempo conforma las especies
en la ciega quietud del albedrío
y el sosiego no crece porque, ¿quién
se remonta a lo oscuro y sucesivo?
Tú, Agorera, que das sobre la plaza
testimonio a los hombres del prodigio,
me trajiste la muerte hasta estos ojos
donde se agita el mundo no nacido.
Pueblo final de acciones, reclamando
lo de ahora y ayer, lo ensombrecido

(*) Cuatro poemas del libro inédito de igual título.

aún, pero con manos verdaderas
volcadas en los frutos voladizos.
Levantas tu cabeza sobre el corro
de los espectadores; va el tordillo
buscando su nevada, aunque es la hora
de la roja sazón. Así el racimo
sabe más de su muerte que estos hombres.
El castor edifica sus dominios.
Viene en oscuros círculos la lluvia,
el dolor, el enjambre de los fríos.
Vuelve otra vez el paño de las yerbas.
La manada incorpora sus castigos.
Horóscopo del aire, va girando
la pobre claridad de los instintos.

II

POR ENTRE LAS CONDENAS DEL OTOÑO

BASTARÍA tener el fuego cerca,
como el pastor que anuda en la montaña
su paz a la invernal meseguería,
para saber lo dulce de esta llama.
Contra la hostilidad, que me rodea
de cuanto vive y huye en lenguas claras,
centro mi soledad en esta piedra,
infinito rescoldo que no cambia.
Puedo sobre mis hombros ver las nubes
amenazantes, leves, transformadas
por algún veredicto que, a la tarde,
las consume en su ardor apenas habla
tu voz de grieta última, en rebaño
aunado, negro, que a su muerte clama.
Clamo de puerta en puerta, ya buscándote,
sabiendo lo que esconde cada casa,
ya de fijo entregado, ajusticiadme
hombres, hijos, los que tenéis mirada
para lo oscuro, ¿acaso no sabéis
lo que soy, lo que tengo? Todo acaba
dentro y fuera de mí. Vuestra locura
no es de este mundo ni del mío. Matadla.
¿Quién puede caminar sobre este fuego

sin perecer, estar como manada
quieta bajo el influjo de las noches,
transformada y cambiante, entre las zarzas?
Sin embargo, es lo mío. Soy culpable:
os ha dado otra vida mis palabras.
Como el pastor, regreso a mis canchales,
a la piedra lunar que me reclama.

III

VIVO ESTA NOCHE EN SU VERDAD

ANTES de que quebraran los espejos del mundo
los erizados gamos, las ramas pensativas,
todo era y se estaba sobre un plano
unánime y mortal. Eran azules
los arbustos, las piedras, los hurones
siempre sobre las vetas de las aves innúmeras.
Antes de que cayesen grandes aguas
sobre el aliento leñador, las nubes
vieran el equilibrio de los muros humanos,
todo era azul sin tiempo ni costumbre.
De noche se adivina todo esto
por el color, la paz, los abedules
volviéndose a su forma despojada,
y las palabras nombran a los seres
desde el primario túnel de la vida.

IV

MUERTE, NO HE SIDO YO

LA LUNA derramando claro signo
de alquimia candeal, lleva a mis brazos
toda la creación y voy poniendo
un beso inenarrable en lo olvidado.
Brújula de las savias, chorreantes
sombras aherrojadas por los astros,
me señalan un instante aquellos centros
donde aletea lo vivo hacia sus tránsitos.
Arrasando la luz, la galería

lunar, como un asombro planetario
toma cambiantes formas, mientras oigo
la desterrada voz de sus trabajos.
Oh, la inaudita fuente. ¿Adónde fueron
la acostumbrada norma de este árbol,
aquella luz sencilla de la tierra
dándole a cada ser su gesto exacto?
¿Qué tejedor o viento de otro arbusto
perdió en su pensamiento lo creado?
¡Yo no fui, yo no fui! Con el clamor
de lo que emigra ahora me levanto
sobrecogido de realeza: yo
no fui, yo he bendecido desde abajo.
Nadie me escucha ya. Celeridades
rojas de nube o cobre van borrando
todo cuanto abrazaba; gira el tiempo
como un hacha del aire entre mis manos.
Oh si al menos pudiera repartir
por los rincones nobles este extraño
derrumbe de tu amor, dar a mi boca
confesiones de muerte en nombres claros.
Pero yo soy el heredero. Solo,
como quien dobla la ebriedad del arco,
tomo la posesión de aquellas fuentes
en que me agito y temo tus presagios.
Lago o misterio, pánico o paisaje,
me recojo a tus pulsos alumbrado.
¡Pero yo soy el heredero, pero
yo volvería atrás sobre mis pasos!
Nadie me escucha. Torno nuevamente
a mis espejos materiales: años
para el remoto lanzamiento, leyes
de ensoñación medidas por los pájaros.
Tú, Agorera, me llevas por el mundo
al dominio frontal de los oráculos.

Rafael Soto Vergés.
Virgen de la Consolación, 3.
MADRID